

*La niña yace muerta en el colchón.
¡Cuántos se han acostado en él?!
¿Un pelotón, quizá una compañía?
Una chica convertida en mujer,
una mujer convertida en cadáver.
Todo se reduce a frases simples:
¡Nada se olvide! ¡No perdonemos!
¡Sangre por sangre, diente por diente! **

A. Solzhenitsyn

* Fragmento del poema «Noches de Prusia», escrito tras la experiencia de Alexander Solzhenitsyn durante la toma de Königsberg, cuando el futuro Premio Nobel era soldado voluntario del Ejército Rojo.

EL VIAJE

LLUEVE SOBRE FLENSBURG. Una lluvia obstinada, sin fisuras, como la que describe José Fernández en su viaje de 1953. José Fernández viajó a Flensburg para materializar un sueño. Yo he viajado a Flensburg..., no sé muy bien por qué, quizá por el mismo sueño. Pero poco se parecen ambos viajes. El mío, en un confortable avión de Lufthansa, ha durado algo menos de dos horas, Madrid-Hamburgo, y otro tanto, en tren, de Hamburgo a Flensburg. El viaje de José duró algo más de dos semanas, dos largas semanas para recorrer en autoestop las carreteras de Europa, durmiendo en gasolineras, en parques públicos, en oscuros zaguanes que le ofrecían un abrigo mínimo contra el frío del amanecer.

La noche se va tornando fresca y húmeda -escribe José el 7 de agosto, en Biarritz, encogido sobre el banco de la gasolinera donde ha decidido pasar la

noche-. *Del mar cercano llega el ruido del oleaje y la brisa va trayendo como jirones sueltos de neblinas. Siento frío y humedad y mi sueño es entrecortado y ligero. Allá, contra el cielo casi negro del oeste, veo pasar la ráfaga intermitente del faro de Biarritz.*

Diez días más tarde, traspasa a pie la frontera de Bélgica. En el bar de una gasolinera compra cigarrillos y sigue su camino carretera adelante. Ningún coche se detiene a recogerlo. Le pesan las piernas. Las correas de la mochila se le clavan en los hombros. Pero nada le importa. Tiene una meta, un sueño. Y cada paso que da es un paso que le acerca a su destino. Así lo siente. Y así se lo repite en voz baja muchas veces, cada tres o cuatro pasos, como una idea fija que leyera en la línea blanca de la carretera. A veces, en los ratos que no pasa ningún coche, nota cómo se extiende, horizontal, el silencio de la tarde. Y cómo, en el silencio, resuena el murmullo de sus pisadas en la gravilla del arcén. Y cómo sus pensamientos se acomodan al ritmo de sus pisadas hasta perder el discurso y reducirse a las tres sílabas constantes que aletean en su boca como el corazón de un pájaro: E... del... gard..., dicen sus pasos y sus latidos. E... del... gard..., va repitiendo la gravilla del arcén hasta que el ruido de un motor le parece diferente y le hace girarse, caminar unos segundos hacia atrás, extender al mismo tiempo el pulgar de su mano derecha y su sonrisa. Pero ni un solo conductor responde a su señal. Y la tarde crece, y crece la realidad sobre el valle del Mosa, más cerrado y oscuro a cada paso.

Va anocheciendo -escribe ese día en su diario- y comprendo que ya no hay esperanzas; es preciso ir buscando algún lugar adecuado para pasar la noche. A la entrada de un pueblecito a donde he llegado, hay, al lado izquierdo de la carretera, un campo segado con montones de heno seco, que puede ser un buen sitio donde dormir. Hace un tiempo magnífico y creo que no hay ningún inconveniente en pasar la noche «à la belle étoile». Así es que me dispongo a «acampar» en este hermoso campo de heno desde donde se divisan los altos árboles que marcan el curso del caudaloso Mosa y, más allá, una cadena de altas montañas verdes.

Con las primeras sombras que avanzan enturbiando la luz, se va extendiendo una ligera y blanda neblina y noto que la hierba está húmeda. Pero el heno está seco y calentito. Extiendo sobre él un trozo de plástico, que es todo lo que tengo como «tienda de campaña», me siento sobre él y, sacando del macuto algunas vituallas, me dispongo a tomar una frugal cena «campestre». Consumido el pan y el queso, las galletas y el chocolate, me tumbo cara al cielo donde ya comienzan a aparecer las primeras estrellas. El vientecillo húmedo y suave acaricia mi cara. Oigo cantar no sé qué pájaros entre los árboles y observo cómo me miran al pasar algunas personas que van al pueblo a pie o en bicicleta.

Y así, mirando al cielo, que se oscurece por momentos, yo pienso y pienso y sueño y todo me parece irreal, increíble y me doy cuenta de que ya estoy más cerca, cada metro que avanzo es un metro más

cerca... Y pienso en Edelgard con una fuerza casi dolorosa y más que nunca se hace patente el miedo ante el encuentro. Pero el miedo se desvanece ante la ansiedad y la ilusión y me pregunto si ella podrá imaginarse que en este momento yo pienso en ella mucho más cerca que antes...

Edelgard. Tres sílabas. Un nombre. Y todos los sueños del mundo encerrados como un pájaro en esa jaula de tres sílabas, en ese nombre que contiene todas sus esperanzas, sus temores, sus dudas.

La primera vez que sus labios pronunciaron esas tres sílabas, él tenía sólo veinte años. Y la fecha quedó en su memoria como un tatuaje, como uno de esos corazones atravesados por una flecha que los enamorados de entonces marcaban a punta de navaja en los árboles de los parques.

Mil novecientos cuarenta y nueve. Enero. Día veintiséis. Ésa es la fecha. Semanas antes, él había enviado su dirección a uno de los clubes de amigos por correspondencia que aparecían por aquellos años en los periódicos de todo el mundo, en la sección de juventud o junto a los anuncios por palabras. Él quería escribirse con chicos y chicas europeos, en francés, el renqueante francés aprendido en el instituto de Manzanares, su pueblo natal. No era éste un idioma que dominara a la perfección, pero le gustaba su sonoridad, su música. Y lo iría mejorando a través de las cartas. El francés, además, era el idioma de los librepensadores, el idioma de Voltaire. Ninguna otra lengua le parecía más adecuada para lanzarse a la pequeña aventura de abrirse al mundo.

En la España en blanco y negro del nacionalcatolicismo, aislada bajo la dictadura del General Franco, abrirse al mundo era el sueño de muchos adolescentes. Los Pirineos eran bastante más que una cadena montañosa o una frontera geológica. Eran una frontera espiritual reforzada con cerrojos carceleros y cuentas de rosario engarzadas en alambradas de espino. A este lado de la frontera, diluido ya el olor de la pólvora por los diez años transcurridos desde el final de la guerra, la vida seguía teniendo un hedor a caspa e incienso, a sacristía cerrada. Al otro lado estaban la alegría y el color, el aroma de la primavera.

Y algo de ese aroma le llega en la primera carta de Edelgard, que le produce «una impresión muy especial: escrita con una caligrafía ordenada y vertical, tiene un cierto tono casi misterioso, como sugerente, no sé, algo que no puedo explicar», escribe José Fernández minutos antes de transcribir la carta, traducida del francés, a las páginas de su diario.

Flensburg, 17 de enero de 1949

Señor,

Desde hace mucho tiempo deseaba intercambiar mis pensamientos con un joven español, pero, desgraciadamente, no tenía ninguna dirección. Entonces, he leído su anuncio deseando correspondencia y no puede Vd. figurarse mi gran alegría. ¡Me gustaría muchísimo tener correspondencia con Vd. y le ruego cordialmente que me escriba!

España me interesa mucho, me atrae misteriosa y magnéticamente. -¿Por qué?... Yo no lo sé; ¡sólo sé que me atrae España!

¡A fe mía, ahora veo que casi me había olvidado presentarme! Heme aquí: Edelgard Lambrecht, estudiante alemana de 22 años, esbelta, cabellos rubio oscuro, 1'69 m. de estatura. Soy gran amiga de la naturaleza, los animales, el arte -especialmente la música (toco el piano y el acordeón)-, la poesía, la escultura y la arquitectura, el deporte; me gustan el mar y los viajes, los países extranjeros y me interesa mucho la Medicina. En el instituto estudié la lengua francesa, pero debido a mi poca práctica, le ruego sea «indulgente» con mi francés. También sé el inglés y un poco de latín.

Flensburg no es mi ciudad natal; mi ciudad natal era Stettin, una bella y gran ciudad marítima y comercial del Este de Alemania, ahora separada...

Pero, para una primera carta, creo que ésta es ya bastante larga. Así pues, voy a terminarla ya.

¡En caso de que Vd. haya recibido ya muchas cartas y haya escrito a otras chicas, le ruego entregue esta carta a alguno de sus amigos que quiera tener correspondencia conmigo! En todo caso, le quedaría muy agradecida si se tomara la molestia de contestarme.

Acepte, señor, la seguridad de mis más distinguidos sentimientos. Hasta pronto el placer de leerle,

*Suya,
Edelgard Lambrecht*

Desde ese día en que leyerá por primera vez el nombre de Edelgard, hasta el momento en que ahora lo pronuncia, tendido sobre el heno seco en las afueras de un pueblo cercano a la frontera franco-belga, han pasado cuatro años. Más de cuatro años. La noche anterior a emprender el viaje, para conciliar el sueño, José había efectuado el cálculo mental del tiempo transcurrido: Cuatro años, seis meses y diez días. Al anochecer del día siguiente tomaría en Atocha un tren con destino a Irún: veintidós horas de viaje. Y en Irún, si todo iba bien, seguiría en autoestop con destino Flensburg, en la frontera con Dinamarca. Ahora, tras doce días de viaje, tendido en el heno seco, cierra los ojos bajo un cielo neblinoso donde tiemblan estrellas negras:

En un sueño ligero han pasado algunas horas. Me despiertan la humedad y el frío. El silencio, la soledad total y la negrura me envuelven como en un ámbito vacío que me sobrecoge. Sólo se distingue, allí en lo alto, alguna estrella y me doy cuenta de que una niebla densa y pesada me envuelve. El impermeable de plástico y la manta están húmedos y el aire humedecido del Mosa es ahora frío. Me parece como si hubiera ya pasado toda la noche y estuviera ya próxima la aurora; miro el reloj a la luz de la linterna y apenas es la medianoche. Aún falta mucho tiempo para el nuevo día. Es preciso buscar un sitio más seco y más resguardado. Al incorporarme parece que la oscuridad crece conmigo y se levanta a mi alrededor; el silencio es impresionante; el suave susurro del viento en los árboles parece algo

físico que pudiera tocarse extendiendo la mano en la negrura. Poco a poco, acostumbrados los ojos, voy distinguiendo las densas masas de las montañas que rodean el valle, las manchas esbeltas y más cercanas de los árboles y el bosque y, ya a mi alrededor, las diseminadas sombras de los montones de heno segado y hasta la silueta de una empalizada. Pero el silencio lo llena todo, como si todo fuera algo irreal, como si todo estuviera perdido, abandonado o muerto.

Me levanto por fin y, a la luz de la linterna, recojo las cosas y me doy cuenta de que todo está empapado de rocío y mi ropa mojada me hace tiritar. Cargo la mochila al hombro y, a través de la oscuridad, echo a andar camino del pueblo.

Y en el pueblo la misma oscuridad, el mismo silencio, el mismo abandono total de la vida, el mismo peso agobiador y triste de la noche y la niebla. Finalmente, en el espacio entre dos casas próximas hay un sitio seco y abrigado. Extiendo sobre el suelo el plástico y me tumbo nuevamente a dormir, cubierto por la pequeña manta y el impermeable. Apoyando la cabeza en el macuto, pronto el cansancio y el sueño vencen al frío y a la dureza del lecho.

El cansancio. El frío. Y un talismán de tres sílabas pronunciadas con la fe titubeante de quien necesita tocar la herida para ver la luz. Ése es el motor que impulsa el viaje de José.

¿Habrá alguien -me pregunto al inicio de mi propio viaje- capaz de comprender su amor a la antigua, tal vez un poco cursi, infectado de romanticismo? ¿Seré

yo capaz de hacerlo comprender en un tiempo donde todos estamos de vuelta, inmunizados contra cualquier sentimiento que –como ya predijera Bécquer– no pueda ser traducido a cifras en un cheque bancario?

No lo sé. Las cartas de Edelgard tienen para mí un embrujo difícil de explicar. Tantas veces las he leído que sus palabras han acabado por confundirse con las mías. Ellas son el origen y el sustento de mi viaje. Durante toda una vida, no sólo en su camino a Flensburg, las palabras de Edelgard acompañaron a José. Pero ambos compartimos los genes de un romanticismo tardío y una adolescencia incurable y errática, que se agrava con los años.

–Quienes padecemos este mal –me dijo una vez José– estamos condenados a vagar por caminos inciertos, en la frontera brumosa y serpeante de lo sublime y lo ridículo.

Nunca como ahora, al inicio de mi viaje, he sentido el peso de tales palabras. Ninguna alambrada de espinos marca ambos territorios. Ningún cartel con letras rojas se anticipa a los peligros. Pero el abismo se encuentra, bajo la niebla, en ambos lados.

LA HISTORIA DE MINNA PUST

EN FEBRERO DE 1945, el carpintero Franz Ewald Pust, destinado entonces en Berlín, llega con un breve permiso a su casa, en una remota aldea de Pomerania. Sabe que la guerra está perdida y que su familia puede correr la misma suerte, pues ya las tropas rusas combaten a pocos kilómetros de Klein Silber, la pequeña aldea donde él nació en 1907 y donde, bajo el mismo techo familiar, viven su esposa Minna, sus seis hijos -Waldtraut, Edith, Dieter, Christel, Hans y Brigitte-, y los dos abuelos que sobrevivieron a la guerra del 14, a la gripe del 18 y a la terrible inflación del 23: Wilhelm, su padre, y Emma, la madre de Minna.

El día que Franz Pust llega a su aldea y a su casa, procedente de Berlín, todos los caminos están cubiertos de nieve. El tren lo había dejado en el apeadero de Konraden, tres kilómetros al sur de Klein Silber. A lo largo del camino, durante esos tres kilómetros que recorre a pie, con medio metro de nieve helada y un cielo encapo-

tado sobre su cabeza, no deja de pensar en sus seis hijos y en su joven esposa Minna, que cumplió treinta años en diciembre y está ahora en los primeros meses de su séptimo embarazo.

Peleando con la nieve que aprisiona sus botas, casi le cuesta recordar los cumpleaños de sus hijos, con edades comprendidas entre los nueve años de Waldtraut y los ocho meses de Brigitte. Mas no parece ése el pensamiento que le desasosiega. Sabe que Alemania se debate en los estertores finales de la guerra. No es ya ningún secreto. Lo saben en Berlín y lo saben igualmente en el remoto apeadero de Konraden, perdido en el corazón rural de Pomerania. Incluso aquí, como le han dicho apenas bajar del tren, alejados de los incesantes bombardeos que castigan Berlín noche tras noche, pueden oírse cuando el viento es propicio los lejanos cañonazos del frente, más cercanos cada día.

Por supuesto, no son éstas las cosas que les cuenta a sus hijos en el momento de los abrazos, pero sí las confidencias que esa noche comparte con su esposa Minna.

—¿Qué hacer? —se preguntan ambos esposos al calor de las sábanas. Y sólo hay una misma respuesta detrás de cada beso. La suya es una familia grande y unida, cuyo sacrificio no va a detener el avance del Ejército Rojo.

Así que el carpintero Franz Pust dispone a los pocos días un carro lleno de provisiones y apareja un caballo fuerte y joven para escapar de un infierno anunciado, previsiblemente igual a los infiernos en que se habían convertido las aldeas y ciudades de Prusia y de Silesia.

Unos pocos kilómetros al sur, en las cercanas poblaciones de Reetz y Konraden, se escuchan ya los tiroteos

cuando la familia Pust inicia su marcha en dirección opuesta, hacia Nörenberg, dieciséis kilómetros al norte. Allí nació la abuela Emma, madre de Minna, y allí se conserva todavía la vieja casa familiar, ahora ocupada por la joven y risueña tía Käthe, que sólo tiene veinticinco años.

Nörenberg es en esos días una aldea deshabitada, o lo parece. Por las calles vagan los cerdos y las vacas, que salen y entran de sus cuadras por voluntad propia, sin que nadie los controle. Se diría que todos sus moradores han huido dejando abiertas las puertas de los establos, para que el ganado tenga una oportunidad de sobrevivir a su ausencia.

La abuela Emma quiere quedarse allí, en la casa donde ha nacido. Argumenta que la cuna y el ataúd deberían estar hechos con la madera del mismo árbol. Y que allí estuvo su cuna. Pero ni su yerno ni su hija opinan de igual modo, aunque sí la tía Käthe.

—Descansamos un par de días y seguimos nuestro camino —dice el carpintero Pust, que lleva los párpados ennegrecidos de hollín y el cabello blanqueado de cal, para aparentar una vejez que no tiene.

En cualquier caso, las primeras avanzadillas del Ejército Rojo llegan a Nörenberg antes de haberse reiniciado su marcha. Y una de las primeras cosas que hacen es violar a la pobre tía Käthe.

Minna Pust, rodeada por sus seis hijos en una habitación contigua, tiene en ese instante un pensamiento rápido y afortunado:

—Si entran los soldados, gritad, gritad con todas vuestras fuerzas y no paréis hasta que se vayan...

El plan surte efecto. Dos soldados abren la puerta de una patada, pero no llegan siquiera a pronunciar las tres palabras terribles tantas veces repetidas –¡Mujer, ven aquí!– porque el chillido repentino de cinco chiquillos aterrorizados les congela el alma, o despierta en ella la pizca de compasión que hace ya inviable su propósito. De cualquier modo, poca importancia tiene para ellos una violación de más o de menos. Incluso llega a parecerles graciosa la situación, y aún tienen tiempo de reírse un rato con el terror de los niños, haciendo la cruel y estúpida broma de amagar que les clavan las bayonetas en la cara, después de acariciarles el cabello.

Por fortuna, no está en casa el padre cuando esto sucede. Ha salido en busca de comida y al regresar, apenas enterarse de lo sucedido, decide que no deben demorar su huida ni tan siquiera una hora más. Así que de nuevo pertrecha carro y caballo para proseguir su marcha hacia el noroeste, pensando acaso en las evacuaciones marítimas de las que ha tenido noticias en Berlín.

Son los primeros días de marzo de 1945 y todavía el invierno reina en Pomerania con todo su poder, extremadamente crudo en este año. Tras varias jornadas de marcha por los caminos menos transitados, aunque a ratos coinciden con otros refugiados o columnas de la *Wehrmacht* que se repliegan hacia el oeste, una patrulla de soldados rusos les da el alto, cerca de Gräfenbrück.

Franz y Minna Pust, la abuela Emma y el abuelo Wilhelm van sentados en el pescante del carro. Dentro están los hijos, con la pequeña Brigitte arropada en su moisés de mimbre.

–¡Abajo, rápido! –les gritan los soldados.

Todos acatan la orden sin rechistar. Sólo la abuela permanece sentada en el pescante, protestando mientras los soldados suben al carro y responden a su protesta golpeándola en la cabeza con la culata de un fusil.

Sin mediar más palabras, los rusos comienzan a revolverlo todo, tirando mantas y otras ropas al camino, apropiándose de algunos alimentos y de los pocos objetos de valor que encuentran en los fardos y paquetes del equipaje.

Cuando finalmente dan por concluida su rapiña, mientras los chicos y los abuelos recogen algunas pertenencias de escaso valor esparcidas en el camino, Franz y Minna Pust suben al carro para rescatar al bebé que duerme en su canastillo, bajo un revoltijo de ropas y una pesada maleta que le han echado encima los soldados. La pequeña Brigitte, en efecto, con sus ocho meses sonrosados y sus grandes ojos abiertos como un cielo sin nubes, parece tranquila en su moisés de mimbre, dormida en la mitad de un sueño del que jamás despertará.

Sofocada bajo el peso del maletón y las botas de los soldados rusos, ha muerto asfixiada mientras éstos revolvían el carro en busca de un reloj de plata o un candelabro de bronce. Pero a Minna Pust le cuesta comprenderlo. Por eso no grita. Por eso zarandea a su niña, que ha olvidado despertar.

En vano tratan los padres de reanimar a su bebé, frotándole el pecho, soplando en su boca, lavándolo en lágrimas. ¿Cómo ha sido posible?, se preguntan. ¿Dónde estaba Dios hace un instante?

A la orilla de un camino sin nombre, en el vértice de un dolor inmenso que señala el centro del mundo, el

carpintero Pust y su mujer arañan el suelo con los dedos para cavar un hoyo donde enterrar a su niña, arropada en una manta y acunada por las oraciones de los abuelos y el llanto de sus cinco hermanos.

A lo lejos, la patrulla de soldados rusos debe de percibir algo extraño, pues el carro tarda en reiniciar su marcha. Así que vuelven sobre sus pasos para ver lo que sucede. Y lo que descubren es que los alemanes acaban de enterrar algo, quizá los candelabros o los relojes de plata que ellos no habían logrado encontrar.

El odio, en ese instante, ha borrado las lágrimas de Minna Pust y de su esposo. Los soldados, apuntándoles con sus fusiles, les ordenan que desentierren lo que acaban de esconder allí mismo, bajo esa piedra blanca que parece colocada para marcar el suelo, sin duda para reconocer el escondrijo y poder recuperar meses más tarde las joyas, los relojes, lo que sea eso que acaban de ocultar.

—¡Ahí, cava!— le ordenan los soldados al carpintero Pust sin que de nada sirvan las explicaciones desesperadas de Minna y de la abuela, pronunciadas en el inextricable idioma de los enemigos alemanes.

De rodillas en el suelo empapado por el aguachirle de la nieve, apartando la piedra que señalaba el lugar y volviendo a excavar la tierra con sus manos, Franz y Minna Pust desentierran el cadáver de su hija y se lo muestran sin una lágrima a los soldados rusos, escupiendo al suelo y desafiándolos con una mirada de odio más afilada que las bayonetas de sus fusiles.

Ésta es la historia, que necesita un minuto para tomar aliento y que no termina aquí, en este camino sin

nombre donde unos padres anestesiados por el dolor entierran por segunda vez a su hija muerta.

Reanudada la marcha en un silencio sólo roto por las herraduras del caballo y las ruedas del carro, la familia Pust llega a la aldea de Gräfenbrück, donde el padre será detenido a los pocos días: las ojeras de hollín y las canas de cal no logran ocultar que es demasiado joven para no haber sido soldado, y enemigo por tanto. De nada sirven esta vez el llanto de la esposa y los gritos de los niños, que ven cómo los soldados rusos encañonan a su padre y se lo llevan con ellos. Durante algunos días, siempre que se lo permiten, Minna y sus hijos acuden a visitarlo a la prisión de la cercana ciudad de Naugard. Pero una semana después les impiden el paso. Oyen decir que van a vaciar la cárcel, y aguardan a sus puertas. Al cabo de una hora, los niños ven salir a su padre. También Minna lo ve ahora, aunque cuesta distinguirlo entre tantos cuerpos demacrados y andrajosos. Su esposo forma parte de una larga columna de cautivos que abandona la prisión con un destino más que incierto. Durante los primeros metros, los niños del pueblo corren al lado de los prisioneros. La hija mayor, Edith, intenta darle a su padre unas botas, pero los soldados que custodian la columna se lo impiden. Alguien dice que los llevan a Siberia, pero también hay otros que lo niegan. Son presos de guerra, dicen. Les amparan las leyes internacionales. Regresarán pronto. Eso es lo que dicen. Durante muchos años, en cualquier caso, ni Minna ni sus hijos conocerán su paradero, ninguna carta, ni la más breve noticia.

El abuelo Wilhelm, que tiene ya setenta y siete años, no será capaz de sobrevivir a la deportación de su hijo.

Pero tampoco para el resto de la familia resultará fácil la supervivencia. Agotadas las provisiones del carro y muerto de agotamiento el caballo, Minna y sus hijos son conducidos a la aldea de Meesow, donde ella y la abuela Emma trabajarán en el campo sin otro salario que una comida miserable. Pero, al menos, allí se les deja una casa vacía, pronto acondicionada con algunos jergones y unos pocos muebles que la hacen mínimamente habitable.

Pasan los días, las semanas. Minna y la abuela trabajan en el campo. Siegan el trigo. Sacan patatas. Airean el estiércol de las cuadras. Las dos hermanas, Edith y Christel, ayudan a algunas familias polacas en las tareas domésticas. A veces, como pago, les dan un poco de miel y ese día es una fiesta. También, a veces, roban algunas manzanas para ellas y sus hermanos. O vigilan en la noche, cuando es su madre quien roba un poco de harina, porque en la finca sólo se hace pan cada dos semanas, y las raciones se agotan en tres días.

La vida es dura, aunque todo parece encarrilado entre los férreos raíles de la subsistencia. Pero una nueva tragedia se cierne sobre la familia del carpintero Pust, deportado en algún lugar de Siberia. El 16 de octubre, Minna trae al mundo a su séptimo hijo, bautizado con el nombre de Hartmut. Mas en el mundo, en ese mundo áspero y negro de Meesow, no parece haber sitio para él. El pequeño Hartmut no llegará a cumplir dos meses de vida. Muere el siete de diciembre, nueve días antes de que su madre cumpla treinta y un años.

La esperanza, sin embargo, es obstinada. Y en ese tiempo, la esperanza de Minna Pust es regresar a su casa

de Klein Silber, donde aguardará la liberación y la llegada de su esposo. A ese pensamiento feliz se agarra cada noche para conciliar el sueño, en un tiempo tan poco propicio para los sueños. Regresar a su casa, regresar. Una idea terca y obsesiva que choca día tras día con la realidad, con el trabajo extenuante, con las palabras de quienes le aseguran que no hay vuelta posible.

Por decisiones que no alcanza a comprender, ni su casa es ya su casa ni su tierra es ya su tierra. Tampoco en la aldea de Meesow habrá finalmente un lugar para ella y su familia. Como en el resto de las familias alemanas de Pomerania y de Silesia, de Prusia y los Sudetes, su corazón es el documento donde se garabatea la rúbrica afilada de quienes rigen los destinos del mundo.

En enero de 1946 deberán irse de Meesow. Como se fueron de Nörenberg. Como tuvieron que marcharse de Klein Silber. Con su vuelta sin retorno a los caminos helados, empujados de aldea en aldea y de ciudad en ciudad, se dará cumplimiento a la conferencia de Yalta y a los acuerdos de Postdam.

De Meesow a Naugard. De Naugard a Schnittriege. De Schnittriege al campo de refugiados de Scheune, cercado por alambradas, en la periferia de Stettin. Finalmente, un barco atestado de refugiados les conducirá a la Zona de Ocupación Británica, primero a Lübeck, después a los campos de refugiados de Kielseng y Westerallee, ya en Flensburg.

Ésta es la historia familiar de Dieter Pust. Una pequeña historia que no formará parte de los libros de Historia, abarrotados de acontecimientos y de cifras donde las enormes tragedias familiares sólo llegan a di-

minutas desgracias estadísticas, poco más que anécdotas en el tumulto de los grandes números.

De los quince millones de alemanes expulsados de sus hogares, fueron más de dos millones quienes no sobrevivieron a la expulsión, como el recién nacido Hartmut, como el abuelo Wilhelm, como la pequeña Brigitte Pust, enterrada y desenterrada y vuelta a enterrar a la orilla de un camino sin nombre.

Tampoco su padre, el carpintero Franz Ewald Pust, sobrevivió a la tierra helada de Siberia. Cuando fue deportado tenía treinta y ocho años, y a esa misma edad murió. Pero hubieron de pasar cincuenta y tres años, cincuenta y tres largos años de espera e incertidumbre para que su familia, a través de la Cruz Roja, recibiese la primera noticia sobre su vida, que fue precisamente la noticia de su muerte. La carta, cuya copia tengo ante mis manos, está fechada el 16 de noviembre de 1998 y dice textualmente:



CRUZ ROJA ALEMANA

Secretaría General

SERVICIO DE BÚSQUEDA DE MUNICH

Centro de información y documentación

Estimado Sr. Pust:

El servicio de búsqueda de la Cruz Roja Alemana ha recibido de los archivos de la Comunidad de Estados Independientes (CEI), los informes con los nombres

de los prisioneros civiles alemanes fallecidos en el territorio de la antigua Unión Soviética.

El nombre de su ser querido, Franz Ewald Pust, figura en estos documentos como prisionero de guerra en el campo de Kemerovo (WS) / 3, donde murió el día 1 de agosto de 1945.

Lamentamos tener que transmitirle esta noticia que, incluso después de tantos años, le resultará dolorosa. Sin embargo, estamos seguros de que será recibida por usted como un alivio a la incertidumbre mantenida durante tanto tiempo.

Atentamente,

*Dr. H. Kalcyk,
Jefe del Departamento.*

ÍNDICE

1 - El viaje	11
2 - Diario de un sueño	20
3 - La jaula de seda	28
4 - Una cápsula de cianuro	33
5 - El puente de las estrellas	38
6 - Polillas de la luz	47
7 - Música y «Sehnsucht»	57
8 - El ruido de la risa	66
9 - Rosa de Pomerania	74
10 - Preludio	82
11 - El sótano	89
12 - Lili Marlén	100
13 - La benevolencia de Dios	106
14 - Una carta ignorada	116
15 - El nombre del padre	125
16 - «Gott mit uns»	137
17 - Botín legítimo	144
18 - El Anillo de la Calavera	155
19 - El triunfo de la libertad	162
20 - Ven y bésame	169
21 - Núremberg	176
22 - Ruinas	183
23 - Las carboneras	207
24 - Yunques en la noche	218
25 - El archivo de Flensburg	224
26 - Friedenshügel	231
27 - Gente de Pomerania	238
28 - Bombardeos	249

29 - Adoquines ardiendo	257
30 - Indicios	265
31 - Un zapato rojo	275
32 - El comisario	285
33 - Un extraño mal	293
34 - El informe Wiesner	304
35 - Frau Ewers	312
36 - Azar y destino	316
37 - La voz de José	324
38 - Una canción de amor	333
39 - La decisión de José	342
40 - Diagnóstico	350
41 - La patria no perdona	357
42 - Pequeños misterios	367
43 - Tragedia en el mar	375
44 - Preguntas en el hospital	385
45 - Operación Golondrina	403
46 - Los documentos de Alexandria	411
47 - Corazonada y sospecha	419
48 - La joven Ilse	424
49 - Segundo viaje a Flensburg	438
50 - La familia Raschke	447
51 - Dos entrevistas	457
52 - La historia de Minna Pust	471
53 - Una cuestión moral	482
54 - Algunos hombres buenos	496
55 - El reencuentro	506
56 - Desnazificación y culpa	515

57 - El árbol muerto	526
58 - El fantasma de Oskar Lambrecht	538
59 - Jaulas de cristal	548
60 - Sobre la muerte	564
61 - Un plazo acordado	575
62 - «Chatka Puchatka»	586
63 - Al otro lado	605
<i>Agradecimientos</i>	617